

**E**sta obra de José Herrera Peña se inscribe dentro de la línea de investigación que los estudiosos han dado en llamar historia cultural, entendida como forma de representación en la que se analiza la gestación, la expresión y la transmisión de valores, conocimientos y prácticas culturales en el seno de un grupo humano.<sup>1</sup> Por otro lado, se suma a los estudios realizados en los últimos años por Carlos Herrejón Peredo, Carmen Castañeda (†), Cristina Gómez, Francisco Téllez Guerrero y Laura Suárez de la Torre sobre la cultura del libro impreso y las bibliotecas privadas en nuestro país durante los siglos XVIII y XIX. La obra consta de una breve presentación, un prólogo escrito por el doctor Ernesto de la Torre Villar, una introducción y cuatro partes dedicadas a cada uno de los campos del conocimiento en los que Melchor Ocampo se mostró interesado, a saber: Viajes e Idiomas, Botánica, Naturaleza y, al último, Sociedad, todos ellos subdivididos a su vez en otros temas afines. Dos rubros más están dedicados a la conclusión y a los anexos.

Herrera Peña es un profesor universitario con una amplia experiencia en la docencia y en la investigación. Ya en otras ocasiones había dado muestras de su interés por los temas históricos mismos que solía enriquecer con su formación de jurista, especialmente los relacionados con el activismo político y los procesos seguidos a los principales jefes de la insurgencia en México. A su pluma se deben el “Estudio preliminar” que acompañó la edición del *Proceso instruido en contra de don Mariano Matamoros*, publicado por el Gobierno del Estado de Michoacán en 1964, así como las obras: *Los Procesos de Morelos* dado a luz por la editorial Porrúa en 1985 y *Maestro y Discípulo*,

---

<sup>1</sup> Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli, *Pour une Histoire Culturelle*, sous la direction de..., Paris, Éditions du Seuil, (Collection L’Univers Historique), 1997, p. 16.

---

editado por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo diez años más tarde.

La biblioteca de Melchor Ocampo es ahora el motivo de su atención. En una parte de su introducción, el autor especificó la naturaleza de su obra diciendo que “este es un trabajo sobre libros y autores. Las más de las veces se destaca la personalidad de los autores -verdaderos héroes del pensamiento-; otras, los temas que trataron en sus libros, y ocasionalmente, la suerte que corrieron los títulos, independientemente de sus autores. La ligera y rápida visión de esta singular masa bibliográfica permite entender los dilatados horizontes intelectuales, emocionales y prácticos de su ilustre propietario...” (p. 33).

Desde el punto de vista de su diseño y formato, el libro está muy bien logrado y hasta podríamos considerarlo un verdadero “libro-arte”. En sus páginas aparecen decenas de fotografías sobre las portadas de los libros que llegó a poseer el hombre de Pomoca, decenas de láminas relativas a diversos temas científicos y literarios, en color y en blanco y negro, mismos que reflejan el perfil intelectual y cultural del político mexicano. También se publica una fotografía de gran tamaño de una parte de la biblioteca que se conserva en la sala Ocampo del colegio de San Nicolás, en la que se pueden apreciar algunas de las características físicas de dichas obras (p. 244).

Si comparamos el número de libros de la biblioteca de Ocampo con el de otras anteriores o contemporáneas a él, podríamos ubicarla entre las de mediano tamaño. Una biblioteca como la de don Melchor con 490 títulos era muy superior a las pequeñas librerías de Miguel Hidalgo (60), José María Morelos (57) o Isidro Huarte (40); muy semejante a la del padre filipense Juan Benito Díaz de Gamarra (623) o la del licenciado José Antonio de Soto Saldaña (457), pero inferior a la del licenciado Francisco Rubín de Celis, alférez de Toluca (1225), Juan Francisco de Castañiza, obispo de Durango (1615) o José Pérez Calama, deán de la catedral de Valladolid de Michoacán, que poseía una “medio vaticana”, según testimonio de personas que la

conocieron.<sup>2</sup> Empero, no es allí donde debemos apreciar su importancia, sino en la calidad de sus contenidos. Ocampo es un hombre que nació en un país donde los imaginarios y valores de la tradición se encuentran sumamente arraigados, pero es indudable que se fue formando con los ideales y los conocimientos introducidos por la modernidad. Esta sería una de las características de la biblioteca de Ocampo que Herrera Peña logra representar de manera muy precisa y puntual.

La lista de libros nos permite observar no sólo la circulación y lectura de autores modernos, sino también algunos otros publicados durante el Antiguo Régimen y que permanecieron vigentes incluso hasta mediados del siglo XIX. Ahí encontramos libros como el Calepino (p. 49), la *Suma Teológica* de Santo Tomás, el *Curso de Teología* de Carlos René Billuart, el *Tercer Concilio Provincial Mexicano*, el *Tesaurus indicus* de Diego de Avendaño y el *Gil Blas de Santillana* escrita por Alain René Lesage en 1715 (pp. 218, 232). Mención especial merecen los libros escritos por los novohispanos Rafael Landívar o Juan José Moreno, este último muy leído en su tiempo y sumamente útil para Ocampo al momento de ordenar la reapertura del colegio de San Nicolás en 1847 (pp. 210, 236). También poseía varias colecciones de periódicos y novelas como el *Diario de México*, los *Juguillos* y *La Abispa de Chilpancingo* de Bustamante, además de *El Periquillo Sarniento* de Joaquín Fernández de Lizardi (p. 211). En contraparte, localizamos también títulos de autores que podríamos considerar modernos, como la *Enciclopedia Metódica* editada en París en 1811 (pp. 53, 186), los *Vínculos entre lo físico y moral del hombre*, de Cabanis (p. 147), la *Historia Natural* del conde de Buffón (p. 151), el *Ensayo histórico* de François-René de Chateaubriand (p. 199) y la *Historia de Francia* de Leonardo Gallois (p. 204), entre otras.

---

<sup>2</sup> Moisés Guzmán Pérez, "L'Occident du Mexique et l'Indépendance. Sociabilité, révolution et nation 1780-1821", Tesis de Doctorado, París, Université de Paris I, 2004, t. II, Anexos. Cuadro 2. Además: Cristina Gómez Álvarez y Francisco Téllez Guerrero, *Un hombre de Estado y sus libros. El obispo Campillo 1740-1813*, México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1997, pp. 13-14.

Como menciona el autor, en unas cuantas décadas el latín fue desbordado por el idioma francés. Si bien desde finales del siglo XVIII éste último era empleado por ministros y embajadores de los distintos países de Europa para fijar sus tratados y acuerdos diplomáticos, en realidad será hasta mediados del siglo XIX cuando los libros impresos en el idioma de Molière tendrán un auge mayor que el experimentado en el Siglo de las Luces. En algunos casos, Herrera Peña pudo precisar la influencia pragmática que ejercieron ciertos autores en la obra de Ocampo, como por ejemplo *Cárceles y presidios* del publicista inglés Jeremías Bentham, bajo cuyos principios propondría la creación de un nuevo sistema carcelario para Michoacán en el año de 1845 (p. 224).

Otro de los aciertos que hallamos en este libro fue la corrección que se hizo de un buen número de fichas bibliográficas registradas en el inventario de la biblioteca de Ocampo. Ya otros investigadores anteriores a él, como el doctor Raúl Arreola Cortés por ejemplo, habían hecho un primer intento, pero fue Herrera Peña quien logró identificar casi la totalidad de los títulos cotejando las listas ya conocidas con los ejemplares existentes en la sala del colegio antes mencionado. Además, el trabajo es meritorio por los importantes datos biográficos que nos ofrece sobre muchos autores antiguos y modernos a los que don Melchor mostró singular aprecio.

Una cuestión que generalmente nos asalta a los investigadores interesados en estos temas es con respecto a los mecanismos utilizados por los particulares para conformar sus propias bibliotecas. El caso que aquí se estudia presenta respuestas sugerentes que pueden ser aplicables a otros personajes de la época. Es indudable que la calidad y la abundancia de los libros que se generó en toda Europa a principios del siglo XIX permitieron la multiplicación de las bibliotecas privadas, ya sea para su uso académico o bien como un mero pasatiempo. En el caso de Melchor Ocampo, la obra de Herrera Peña nos permite apreciar los distintos mecanismos de los que echó mano para conformarla: en primer lugar tendríamos que considerar los libros que ya poseía gracias a su formación y a sus estudios profesionales en

el Seminario de Morelia; enseguida, los libros que compró en el Viejo Continente durante sus viajes a Francia, Italia y Suiza, tal como ocurrió en la ciudad de París donde llegó a adquirir varios ejemplares en la Librería Americana ubicada en la calle del Temple (p. 46); por último, debemos mencionar los libros que adquirió por correspondencia cuando ya vivía en Michoacán, mismos que provenían de los Estados Unidos, Europa y la propia ciudad de México.

No obstante los méritos de esta obra, notamos la ausencia de una valoración historiográfica más profunda que permita al lector, especializado o no, apreciar la importancia de esta biblioteca privada en relación a otras de la misma época, tomando en cuenta desde luego, las propuestas metodológicas planteadas en los últimos años por la historia académica de nuestro país y del extranjero. Trabajos como los de Roger Chartier o Robert Darton, por ejemplo, habrían permitido al autor desarrollar otros aspectos sobre la historia del libro impreso que hoy en día están sobre la mesa de la discusión y que sin duda hubieran enriquecido notablemente esta obra.

No sabemos si su plan inicial consistió en citar a pie de página únicamente las referencias completas de cada uno de los libros de la biblioteca de Ocampo, pero en nada hubiera afectado el mencionar a varios autores y obras que le sirvieron de apoyo para reconstruir la vida y actividad política e intelectual de muchos de esos autores. Nos referimos a bibliófilos y escritores como Francisco Palau, Ángel Pola, Raúl Arreola Cortés, Joaquín Fernández de Córdoba y Alberto Oviedo Mota, quienes aparecen escasamente citados. En cambio, sí dejó constancia de la ayuda que le proporcionó Henry Fourey, con quien mantuvo una continua relación vía internet desde diciembre del año 2002 (p. 128).

Otra cosa que hubiésemos querido encontrar en la obra es una reflexión en torno a la importancia que adquirió el formato de los libros en esta época. El contenido de una obra es mucho muy importante puesto que en él está representado el saber de los autores; pero no lo es menos la forma y características físicas del libro. Como lo ha señalado Chartier, el tamaño de los libros fue fundamental desde

finales del siglo XVIII no sólo para la comodidad de transportación y el goce de su lectura, sino porque con ello se fueron transformando las prácticas culturales de acceso al escrito a través de la letra impresa. Con el pequeño formato el libro se convierte en un objeto mejor manejable; ya no es necesario ponerlo sobre una mesa para que sea leído ni el lector debe estar sentado para poder leerlo, además, el libro es más fácilmente adquirido y consultable.<sup>3</sup> En ese sentido, valdría la pena hacer una valoración del número de obras adquiridas por Ocampo, editadas en folio, en cuarto, en octavo o en dieciseisavo. Allí podremos observar mejor los nuevos hábitos de lectura que se están adquiriendo, sobre todo por las personas amantes de los viajes, como él lo fue. Este es un aspecto que no podemos soslayar. Ocampo fue un apasionado de los libros de viajeros y por eso no dudó en adquirir todas aquellas obras que le permitieran adentrarse en el conocimiento de las nuevas tierras por las que hubo de transitar. Si bien esta información no aparece en el inventario inserto al final de la obra, su realización es posible porque se cuenta con buen número de esos ejemplares. Hay, desde luego, evidencias de esta preferencia por los formatos pequeños en vez de los de gran tamaño; recordemos que Ocampo adquirió en varias ocasiones “ediciones de bolsillo” para poder llevarlos consigo en sus paseos por la ciudad (p. 43, nota 8) y que tomó mucho en cuenta los formatos en octavo y en cuarto para escribir su *Bibliografía mexicana de lenguas aborígenes* en 1844 (pp. 248-249).

Los apoyos económicos fueron fundamentales para que el joven viajero lograra hacerse de algunos títulos. Para esto contó con el respaldo de los señores Mosen, Alberguen y Ovin, personajes de cierta posición a quienes conoció a bordo del barco “Salamandra” cuando viajaba de México a Francia, así como de su tutor, el licenciado don Ignacio Alas que residía en la ciudad de México y que a menudo le enviaba dinero por conducto de los banqueros de apellido Lizardi.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Roger Chartier, “Livres, lecteurs lectures”, en *Le Monde des Lumières*, sous la direction de Vincenzo Ferrone et Daniel Roche, Paris, Fayard, 1999, pp. 288-290.

<sup>4</sup> Raúl Arreola, *Obras completas de don Melchor Ocampo. La obra científica y literaria*, selección de textos, prólogo y notas de..., México, Comité Editorial del Gobierno del Estado de Michoacán, 1985, I, p. 277.

Si bien hay referencias sobre lo que Ocampo y sus amigos hicieron en Burdeos, poco se habla del ambiente intelectual con el que se encontró a su llegada a París. A lo largo de la obra el autor nos dice que Ocampo “recibe informaciones de sus amigos” (p. 55), que frecuenta a “un amigo suyo de nacionalidad alemana” (p. 57, nota 50) y que “se vincula cotidianamente con gente de todas clases” (p. 59); pero nada en concreto sobre quiénes son estas personas ni en qué condiciones o circunstancias establecieron relación. Sin duda, la renovada actividad comercial y cultural de los parisinos en esos años, se vio reflejada en la instalación de los famosos gabinetes de lectura, “lugar donde se puede leer, mediante una corta retribución, periódicos y libros” y que entre 1815 y 1830 contabilizaban alrededor de 463 establecimientos.<sup>5</sup> Fue en esos espacios donde posiblemente el joven viajero estableció sus relaciones intelectuales y de amistad; por la módica suma de 5 céntimos de franco podía leer al interior del salón un semanario, mientras que por 20 céntimos tenía derecho a toda una sesión para leer cualquier cantidad de periódicos. O bien, si su posibilidad económica se lo permitían, podía abonarse durante un mes y, dependiendo de su interés, leer por 4 francos todos los periódicos y libros que quisiera. Menos se sabe todavía de las personas que le acompañaban en sus aventuras de viaje. El propio Ocampo en sus relatos habla de “nuestro cuarto” cuando viaja al Sur de Francia (p. 61) y también de “nuestras camas” (p. 62), lo que indica que iba acompañado y que no viajaba solo.

Sobre las nuevas perspectivas de investigación que ofrece esta obra podemos señalar el tema de la dedicatoria. Roger Chartier ha demostrado que durante los siglos XVI al XVIII en Europa el dedicar un libro al monarca constituía uno de los mejores caminos para que el autor se ganara la benevolencia real; incluso en la Nueva España de fines del virreinato observamos cómo varias de las obras publicadas de entonces, fueron dedicadas al rey, al virrey o a un alto personaje del gobierno civil o eclesiástico. Faltaría estudiar la manera en que se

---

<sup>5</sup> Françoise Parent-Lardeur, *Lire à Paris au temps de Balzac. Les cabinets de lecture à Paris 1815-1839*, Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1999, p. 31.

operó la transformación de esta práctica cultural en nuestro país en el siglo XIX, pues si bien la costumbre de dedicar un libro a una persona no desapareció, ahora los sujetos a los que están dirigidos podían ser desde personas unidas por lazos de amistad con vínculos políticos e intelectuales, hasta gobernadores, funcionarios de gobierno y los propios presidentes de la república. Como ejemplos podemos citar al propio Melchor Ocampo que en octubre de 1840 tenía terminada su obra: *Viaje de un mexicano a París en 1840* misma que había dedicado a su amigo y tutor, el licenciado don Ignacio Alas. Asimismo, debemos mencionar dos obras michoacanas de fines del XIX: la *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán* del licenciado Eduardo Ruiz publicada en 1896 y dedicada al presidente de la república, Porfirio Díaz “con el profundo respeto y la sincera gratitud que le profesa el autor”,<sup>6</sup> y los *Apuntes para la historia de Michoacán* escritos por el teniente coronel Manuel Barbosa, sacados a la luz pública bajo los auspicios del gobernador don Aristeo Mercado en el año de 1905, “con cuya bondadosa ayuda se publican estos apuntes”.<sup>7</sup>

Un segundo campo de estudio podría ser el análisis de las notas escritas por el lector, mismas que aparecen insertas en los márgenes del texto. Es lo que algunos autores contemporáneos han dado en llamar “marginalia”, para referirse al estudio de toda una serie de anotaciones hechas fuera de texto que pueden ayudarnos a conocer y comprender mucho de las habilidades heurísticas y hermenéuticas de los lectores y del contexto político, social e intelectual en que ellos se desenvuelven. Algo significativo de la biblioteca de Ocampo es que precisamente, varios de sus libros llevan notas manuscritas y a veces hasta la rúbrica de sus diferentes propietarios, por lo que valdría la pena hacer un seguimiento más puntual de esta práctica que nos puede ayudar a entender los diversos mecanismos de acceso a los libros,

<sup>6</sup> Eduardo Ruiz, *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*, Morelia, Balsal Editores, Gobierno del Estado de Michoacán, 1986, p. tercera inicial.

<sup>7</sup> Manuel Barbosa, *Apuntes para la Historia de Michoacán* escritos por el teniente coronel..., y publicados bajo los auspicios del señor gobernador don Aristeo Mercado, Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz, 1905, p. segunda inicial.



como podrían ser: su adquisición en librerías, por herencia, por pública subasta, por regalo o donación, etcétera. No olvidemos que su amigo Sabás Iturbide llegó a obsequiarle un tomo de *La decadencia de Inglaterra* y Luis Varela hizo lo propio con el *Diccionario Clásico de las Ciencias Naturales* (p. 195, nota 340 y p. 168).

Finalmente, queremos llamar la atención acerca de otras posibilidades de análisis sobre la biblioteca del reformador. Una de ellas puede ser las transformaciones que sufrieron las técnicas de impresión de las ilustraciones insertas en los libros, como por ejemplo el grabado en madera que fue sustituido por el aguafuerte. Dicha técnica consistía en dibujar con un buril sobre una plancha de cobre barnizada y atacar las incisiones con ácido nítrico. Luego de ser entintada podían obtenerse reproducciones sobre papel de mayor calidad que los del grabado en madera, como podemos observar en muchas de las obras de Alberto Dürero. Así mismo, puede ser objeto de interés para el investigador, el tratar de identificar la mezcla de estilos plásticos –renacimiento, barroco, rococó y neoclásico– producidos por los inventores de los esbozos, que otros artistas se encargaban de delinear y que uno más trasladaba a la plancha de cobre.

Como sabemos, además de sus aportes, una buena obra siempre debe dejar en el lector nuevas inquietudes y marcar el camino para transitar por otros senderos de la investigación, y la que aquí reseñamos de José Herrera Peña cumple a cabalidad con esos requisitos.

**Moisés Guzmán Pérez**  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo